

## Cada suspiro que das.

Nuestra historia comienza en un atardecer al aire libre. El Sol se oculta tímidamente al horizonte, enmarcado por imponentes estructuras de roca color arena y cobre, que se levantan de forma majestuosa a lo largo de una amplia cordillera.

El cielo se torna multicolor, entre tonos azul, rosa, violeta y amarillo quemado, además de naranja. Las nubes se colocan en medio de tantos y tantos tonos, tiñéndose de hermosos colores.

El viento ha dejado de soplar momentáneamente, en ese exacto momento donde el Sol se despide del día, y todo parece detenerse en un único instante congelado, donde, incluso las aves que surcan el horizonte, lo hacen en completo silencio.

El vasto espacio que existe entre las rocas, me refiero, a ese vacío que se abre, como acantilado grande e infinito entre estructura de roca y otra, donde reina el espacio amplio, abierto y enorme, se llena entonces de una quietud indescriptible, que roba el aliento a quien observa la escena.

*¿Tienes la imagen de ese paisaje dibujada ya en tu mente?*

Nuestro protagonista, un joven de veintitantos años, de ojos café claro y cabello castaño, quebrado, mira, absorto la escena.

Se escucha un diminuto *`click'*, y el artefacto que sostiene entre sus manos, delante de su rostro, enfrente de sus ojos, particularmente del derecho, capta esa imagen, y la plasma en sus entrañas metálicas, de las que el hombre será capaz de extraer una copia física, llamada *fotografía*, de esta escena, posteriormente.

Cuando retira el artefacto de sus ojos, el viento ha vuelto a soplar, los pájaros invaden ese espacio vacío del acantilado, con sus vuelos y graznidos, mientras la figura del disco solar, que aún refulge en color naranja quemado, desaparece por completo, tragado por las montañas altísimas, y lejanas.

El hombre, de pie, solitario y melancólico, suspira larga y profundamente. Fue la primera vez que se enfrascaba en esa travesía, ese viaje personal de Vida, donde, con cámara en mano, y una simple mochila al hombro, se encamina hacia la búsqueda de la Verdad, de las respuestas a las preguntas relacionadas con lo que la Existencia representa, y por qué los atardeceres son tan hermosos, como para alimentar tu alma.

Nuestro joven viajó por diversidad de sitios, incansablemente, acompañado siempre de su cámara y su mochila. En cada espacio visitado, donde la Belleza residiera, se detenía, y pacientemente, aguardaba el momento similar al encontrado delante de las altas estructuras rocosas, majestuosas, eternas, infinitas, para captar la esencia de la imagen que cautivara a sus ojos, y traspasara su corazón.

La cámara fotográfica día y noche, acompañaba al hombre. Sólo en sus manos se sentía viva y plena. Desarrolló una empatía tal con su dueño, que veía venir con exactitud el momento justo de captura, cuando su lente fotográfico atraparía para siempre la pieza natural que el Universo obsequiaba al joven, y que éste era capaz de identificar, como una piedra preciosa oculta y perdida en medio de las arenas incontables del desierto.

Una cámara fotográfica –aquella cámara lo sabía por experiencia propia en la compañía de su dueño– encuentra el bienestar pleno cuando halla a una persona de corazón sincero, con ojo fino, certero y ágil, capaz de traspasar las velas del mundo circundante, y mirar directo a los ojos de la Belleza pura.



La cámara se convirtió en testigo fiel de las proezas visuales de un simple joven, viajando por el Mundo. Gracias a él conoció la jungla, lugar que siempre soñó visitar de forma física, para experimentar el calor, la humedad, la espectacular gama de colores, y el juego fantástico de sombras en el suelo, repleto de sueños, de sinfín de posibilidades, de veredas no trazadas, que te llevan por caminos no explorados, donde, perdiéndote en absolutamente todo lo que te rodea, encuentras la verdad de tu espíritu, y tu Silencio.

La cámara recuerda con impresionante detalle, la madrugada inmersos en la selva, donde el joven, perdido, desesperado y exhausto, se tumbó en el suelo, con lágrimas en los ojos, sólo para mirar al cielo, y toparse con una claridad nocturna jamás visualizada antes, donde las estrellas, cúmulos y cúmulos de ellas, dibujaron los planetas, diversidad de astros, tormentas, lluvias de meteoros, y galaxias que conforman nuestros sueños, que creemos lejos, infranqueables, incansables, pero que en las noches más oscuras, tormentosas y crueles, encontramos colocados ahí, en lo alto de nosotros, al alcance de nuestra vista, de nuestros ojos, de nuestra imaginación y nuestro espíritu.

La cámara se sintió feliz al captar una fotografía de esa panorámica, la más bella jamás captada. Agradeció la confianza depositada por su dueño en ella, para compartir ese momento íntimo y sumamente personal, pero, en el fondo, se sintió bendecida porque fue testigo de algo que pocos seres son capaces de experimentar: *el Silencio donde las almas eternas dialogan unas con otras.*

Lástima que no se pueda extraer en este mundo físico, una fotografía que capte el sonido de ese invaluable instante.

El hombre, después de viajar por playas, nieve, ciudades infranqueables, arenas cálidas, bosques tupidos, ríos, mares y parajes inimaginables, obteniendo panorámicas que viajaron por el mundo, y que cautivaron el corazón de millones de personas, y que ganaron concursos internacionales, un día al despertar, sin más, dejó la cámara a un costado de la cama, sobre un buró. Se levantó lentamente, mirando por la ventana el cielo de un ocaso, lloró amargamente, sin consuelo, para no volver a tomarla entre sus manos.

*Su abuela había muerto.* Y, con ella, la inspiración para buscar de forma incansable, la Belleza que habitaba el Mundo.

Antes de ello, absolutamente todas las fotografías tomadas por el hombre, viajaban los kilómetros necesarios, hasta la cabaña donde su abuela y el hermano del joven, moraban modestamente.

La abuela le hizo prometer al muchacho, que éste saldría a conocer el mundo, a vivir la Vida, a cumplir con la misión que tenía atrapada entre sus manos, en sus dedos, y que ella había descubierto desde que el joven era un niño.

El joven se negó a llevar a cabo semejante instrucción. Pero su abuela, terca y testaruda, lo amenazó con morir en esa misma choza si no cumplía con lo que ella le imperaba.

Al final, el joven aceptó hacer lo dictado, por dos circunstancias poderosas. La primera, porque la abuela le obsequió esa cámara que ahora portaba, comprada con los ahorros dejados por el abuelo fallecido a lo largo de su vida; y dos, porque el muchacho le hizo prometer a la abuela que no moriría, hasta que recibiera la más bella imagen captada por el lente de esa cámara, Belleza derrochada no en elementos visuales, sino en el contenido etéreo de un fragmento de espíritu arrebatado y plasmado delicadamente en dicha fotografía.

‘¿Cómo podré verla?’ , inquirió la anciana.

Ella era ciega.

‘Por eso mismo, porque no verás las imágenes con la banalidad de los simples ojos. Mi hermano tomará las fotografías entre sus manos, y te describirá las imágenes, hasta que una de ellas cautive a tu espíritu, y conmueva a tu corazón. Aquello que es invisible a nuestros ojos, es lo que tú verás en ellas, porque tú las verás con la pureza del espíritu humano’, respondió su nieto.

La última fotografía tomada por el joven, a través de la cámara, fue aquella mirada de una hermosa joven que conoció detrás de los reflejos de las cataratas más altas del lado sur del continente. El brillo a contraluz de la silueta de la mujer, resaltaba un lado de su rostro, un ángulo íntimo y oculto, que nadie había descubierto jamás, hasta que esa cámara fotográfica, dominada por el ojo de nuestro joven, hacía su magia, guiada por el humano corazón.

La cámara nunca antes había captado una imagen como ésta.

Después del eco del *click* que inmortalizaba la imagen, nuestro joven suspiró, larga y profundamente. La mujer partió, y él preparó la imagen para enviarla a su hermano, a su hogar.

‘La abuela murió un día después de recibir tu última fotografía’, explicaba por carta el hermano del joven.

‘Los doctores decían que estaba muy enferma, pero que, por causas que no pudieron explicar, se mantenía alegre y jovial. Como si su espíritu dialogara con la Vida’.

Ella había, finalmente, descubierto el fragmento de espíritu capturado por la cámara y su nieto, que le atravesó el corazón limpiamente, y que observó, no con sus ojos, sino con la Pureza con la que dialogan las almas. De espíritu, a espíritu.

‘Murió contenta. Murió tranquila’. Escribió el hermano del joven.

Aquella Muerte representaba la más dolorosa de las partidas. El hombre se aisló de todo.

Necesitaba asimilar la pérdida de quien le había inspirado a cumplir sus sueños, y sus metas.

Tomó, tras el paso de algunas semanas, la cámara fotográfica, que de nuevo se sintió feliz y plena entre sus dedos, para comenzar a capturar imágenes de todo aquello que se alzaba por delante.

La Vida proseguía. Debía continuar.

Pero ninguna fotografía era lo que antes habían sido.

Por más que la cámara se esforzaba, empatizaba con su dueño, aguardaba el momento justo, y contenía la respiración hasta sentir que el dedo del joven haría *click*... las imágenes no captaban más la Belleza... Eran simples. *Y vacías.*

*El hombre lo había perdido todo.*

La cámara lo comprendió. A pesar de ser una simple pieza de metal y elementos electrónicos complejos y avanzados, y de no poseer un corazón como el del joven o cualquier otro ser humano, había, desde el principio, descubierto el secreto, el proceso, el extrañísimo proceder de los sentimientos humanos, y cómo éstos influyen directamente sobre la realidad de los hombres.

Esa noche, la cámara, una vez que el hombre la dejara en el mismo buró, amenazando con abandonar para siempre su profesión de excelente fotógrafo, por permanecer triste y melancólico, preparó una serie de imágenes en su pantalla de cristal líquido y nítido, para que, justo cuando el hombre la encendiera, fueras las primeras fotografías que éste viera...

A medianoche, cuando el insomnio venció el Temple del joven, éste tomó la cámara, que dormitaba (lidiando entre el deseo de dormir y de permanecer atenta al estado emocional de su dueño), la encendió, y, tras el inicial e instantáneo brillo de la pantalla, ésta le mostró la serie de imágenes preparadas por ella.

El joven las miró, atento. Abrió los ojos inmediatamente, mientras los latidos de su corazón se aceleraron, y se levantó de la cama donde permanecía acostado.

Supo qué era lo que debía hacer.

La primera fotografía que el joven tomó con su cámara, días después, volvía a captar la Belleza implícita de la Naturaleza y todo cuanto rodeaba al hombre. El inmediato *click* hizo vibrar los mecanismos de la cámara, quien sonreía y experimentaba una felicidad que jamás podría llegar a describir, con imágenes, o palabras.

Hombre y cámara, inspirados, de nueva cuenta.

El brazo izquierdo del hombre fue tomado entonces por un par de manos, suaves, delgadas. Y la silueta de una hermosa mujer se vislumbró entonces, a contraluz.

Eran los mismos ojos que el joven fotografió en la última imagen enviada a su hogar, donde la Belleza del Universo aún latía en su trabajo, en su corazón, y en sus pulmones. Los mismos ojos que habían cautivado a su abuela, y que habían dialogado con ella, de espíritu, a espíritu, antes de morir.

El joven suspiró, largo, profundo, y agradecido.

Ése –sabía la cámara– era el secreto, el motor, la inspiración de aquellas fotografías, de esa empatía perfecta entre el ojo humano, el tecnológico, y el espiritual.

Cada aliento, cada respiración profunda, instantes antes de identificar, de captar, de observar cara a cara a la Belleza de la Vida, y buscar, a través del lente de una cámara fotográfica, capturar un fragmento de su esencia.

La cámara lo había comprendido a través de la interacción con el joven fotógrafo.

*El espíritu humano vive en tus pulmones, y se puede cuantificar por la cantidad y calidad de cada aliento que das, de cada aliento que acompañas momentos antes identificar la Belleza en lo que amas hacer, en lo que amas ser.*